ALMAFUERTE

Antología poética

Antología poética

Almafuerte

Antología poética

EDICIONES DEL SUR

Ilustración de la portada: Escena de “La creación”. Miguel Ángel Buonarotti.

Publicado por Ediciones del Sur. Córdoba. Argentina.
Febrero de 2006.

Distribución gratuita.

Visítenos y disfrute de más libros gratuitos en:
http://www.edicionesdelsur.com

ÍNDICE

¡Avanti! 7
¡Piu avanti! 8
¡Molto piu avanti! 9
¡Molto piu avanti ancora! 10
¡Moltíssimo piu avanti ancora! 11
A la libertad 12
A la primavera 14
A tus pies 15
Adiós a la maestra 17
Ayer y hoy 19
Brisa 21
Cantar de cantares 22
Castigo 26
Como los bueyes 28
Cristianas 29
Décimas 34
Dios te salve 37
El drama del calvario 39
El soñador 44

¿Flores a mí? 46
Fúnebre 48
Hijos y padres 50
Íntima 52
Invernal 54
La canción de un hombre 55
La yapa 59
Letanías a Jesús 60
Lo que yo quiero 62
Mi alma 64
Naufragio 65
Pasión 66
¿Por qué no mandas? 68
Tempestad 72
Trémolo 74
Vade retro 81
Vencidos 83

¡AVANTI!

Si te postras diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas:
no han de ser tus caídas tan violentas
ni tampoco, por ley, han de ser tantas.

Con el hambre genial con que las plantas
asimilan el humus avarientas,
deglutiendo el rencor de las afrentas
se formaron los santos y las santas.

Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
nada más necesita la criatura,
y en cualquier infeliz se me figura
que se mellan los garfios de la suerte...

¡Todos los incurables tienen cura
cinco segundos antes de su muerte!

¡PIU AVANTI!

No te des por vencido, ni aun vencido,
no te sientas esclavo, ni aun esclavo;
trémulo de pavor, piénsate bravo,
y arremete feroz, ya mal herido.

Ten el tesón del clavo enmohecido
que ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo;
no la cobarde intrepidez del pavo
que amaina su plumaje al primer ruido.

Procede como Dios que nunca llora;
o como Lucifer, que nunca reza;
o como el robledal, cuya grandeza
necesita del agua y no la implora...

¡Que muerda y vocifere vengadora,
ya rodando en el polvo, tu cabeza!

¡MOLTO PIU AVANTI!

Los que vierten sus lágrimas amantes
sobre las penas que no son sus penas;
los que olvidan el son de sus cadenas
para limar las de los otros antes.

Los que van por el mundo delirantes
repartiendo su amor a manos llenas,
caen, bajo el peso de sus obras buenas,
sucios, enfermos, trágicos,... ¡sobrantes!

¡Ah! ¡Nunca quieras remediar entuertos!
¡nunca sigas impulsos compasivos!
¡ten los garfios del odio siempre activos
y los ojos del juez siempre despiertos!

¡Y al echarte en la caja de los muertos,
menosprecia los llantos de los vivos!

¡MOLTO PIU AVANTI ANCORA!

El mundo miserable es un estrado
donde todo es estólido y fingido,
donde cada anfitrión guarda escondido
su verdadero ser, tras el tocado.

No digas tu verdad ni al más amado,
no demuestres temor ni al más temido,
no creas que en el mundo te han querido
por más besos de amor que te hayan dado.

Mira cómo la nieve se deslíe
sin que apostrofe al sol su labio yerto,
cómo ansía la nube del desierto
sin que a ninguno su ansiedad confíe...

¡Trema como el infierno, pero ríe!
¡Vive la vida plena, pero muerto!

¡MOLTÍSSIMO PIU AVANTI ANCORA!

Si en vez de las estúpidas panteras
y los férreos estúpidos leones,
encerrasen dos flacos mocetones
en esa frágil cárcel de las fieras.

No habrían de yacer noches enteras
en el blando pajar de sus colchones,
sin esperanzas ya, sin reacciones
lo mismo que dos plácidos horteras.

Cual Napoleones pensativos, graves,
no como el tigre sanguinario y maula,
escrutarían palmo a palmo su aula,
buscando las rendijas, no las llaves...

¡Seas el que tú seas, ya lo sabes:
a escrutar las rendijas de tu jaula!

A LA LIBERTAD

Como del fondo mismo de los cielos
el sol eterno rutilante se alza,
como el seno turgente de una virgen
al fuego de la vida se dilata:
Así radiosa,
y así gallarda
se levantó del mar donde yacía
la exuberante tierra americana.
Como prende su túnica de raso
con su joya mejor, la soberana,
como entre todas las estrellas reina
el lucero magnífico del alba.
Así pulida,
y así gallarda
sobre todos los pueblos de su estirpe,
resplandor y joyel, ¡surge mi patria!
Como buscan la luz y el aire libre
las macilentas hierbas subterráneas,
como ruedan tenaces y tranquilas

al anchuroso piélago, las aguas.
Así sedienta,
y así porfiada,
la triste humanidad se precipita
al pie de la bandera azul y blanca.
¡Allí van congregándose a la sombra,
para formar después una montaña!
¡Allí van adhiriéndose en el tiempo
partícula a partícula las razas!
Allí se funde,
y allí se amasa
el hombre, tal como surgió en la mente
del autor de los orbes y las almas.
Que así pulida,
y así gallarda
sobre todos los pueblos de su estirpe,
resplandor y joyel, ¡surgió mi patria!

A LA PRIMAVERA

Salud, primavera, princesa encantadora!
saludo engrandecido las gasas de tu velo;
ya orlan tus vestidos el argentino suelo.
¡Salud, reina galana que el trópico atesora!
En la triunfal carroza que llegas, soñadora,
viene la diosa áurea con perfumado vuelo.
¡quién sabe de qué mundo! ¡quién sabe de qué cielo!
¡salud, gentil doncella! ¡tu túnica enamora!
De tus joyas de virgen, los rizos nacarados
se extienden tiernamente con sin igual candor;
por las grandes ciudades, por los desiertos prados,
tus tintes de armonías, tus ecos sublimados,
encierran luengas páginas de ensueños y de amor.
¡salud, reina que llegas de mundos ignorados!

A TUS PIES

Nocturno canto de amor
que ondulas en mis pesares,
como en los negros pinares
las notas del ruiseñor.

Blanco jazmín entre tules
y carnes blancas perdido,
por mi pasión circuido
de pensamientos azules.

Coloración singular
que mi tristeza iluminas,
como al desierto y las ruinas
la claridad estelar.

Nube que cruzas callada
la extensión indefinida,
dulcemente perseguida
por la luz de mi mirada.

Ideal deslumbrador
en el espíritu mío,
como el collar del rocío
con que despierta la flor.

Sumisa paloma fiel
dormida sobre mi pecho,
como si fuera en un lecho
de mirtos y de laurel.

Música, nube, ideal,
ave, estrella, blanca flor,
preludio, esbozo, fulgor
de otro mundo espiritual.

Aquí vengo, aquí me ves,
aquí me postro, aquí estoy,
como tu esclavo que soy,
abandonado a tus pies.

ADIÓS A LA MAESTRA

Obrera sublime,
bendita señora:
la tarde ha llegado
también para vos.
¡La tarde, que dice:
descanso!...la hora
de dar a los niños
el último adiós.
Mas no desespere
la santa maestra:
no todo en el mundo
del todo se va;
usted será siempre
la brújula nuestra,
¡la sola querida
segunda mamá!
Pasando los meses,
pasando los años,
seremos adultos,

geniales tal vez...
¡mas nunca los hechos
más grandes o extraños
desfloran del todo
la eterna niñez!
En medio a los rostros
que amante conserva
la noble, la pura
memoria filial,
cual una solemne
visión de Minerva,
su imagen, señora,
tendrá su sitial.
Y allí donde quiera
la ley del ambiente
nimbar nuestras vidas,
clavar nuestra cruz,
la escuela ha de alzarse
fantásticamente,
cual una suntuosa
gran torre de luz.
¡No gima, no llore
la santa maestra:
no todo en el mundo
del todo se va;
usted será siempre
la brújula nuestra,
¡la sola querida
segunda mamá!

AYER Y HOY

I
Humilde como el voto del creyente,
bendito como el ángel de mi guarda,
tímido, solitario, romancesco,
fe y esperanza.

II
Como tú, virginal y sin mancilla,
como yo, visionario y entusiasta,
era el amor que te ofrecí; inocente,
como mi alma.

III
Ignoto, como ráfaga perdida,
ardiente, como lágrima callada,
torcido, desolado, borrascoso,
amor de paria.

IV
Triste como el destello de la luna,
solo, como la luna solitaria,
es el recuerdo de ese amor maldito,
como mi alma.

BRISA

Llega a mis sienes, tímida, temblando,
tan perfumada como un rosal
la tibia brisa, su andar es blando.
¡Primer suspiro primaveral!

Llega tan suave, tan dilatada
cual de la linfa el correr fugaz,
o de la amante ruborizada
púdica y suave pasión veraz.

Cuando en mi pecho, tierna se posa,
bebo su tierna tribulación,
entonces, dicha un instante goza,
pobre, dolido, mi corazón.

CANTAR DE CANTARES

Níveo cáliz de magnolia
decorando los retoños de la rama
como ánfora de sueños es tu frente.
Sí, tu frente
hija mía, madre mía, novia mía,
es el gótico remate de la rama,
su divino corolario:
es el grave, pausadísimo incensario,
cuya mirra de sapiencia por mi templo se derrama.

Radiaciones de las mieses,
—rubias ondas encrespadas y brillantes
y crujientes de los trigos—, tus cabellos,
¡tus cabellos,
cuando sueltas las cascadas de tus rizos!
Son las hebras rubicundas y brillantes
de la testa de las diosas,
de las diosas imperiosas y graciosas
bajo el casco de sus crines enrizadas y flotantes.

Como sello de turquesas,
—de turquesas bien profundas, bien extrañas,
bien azules, como el aire— son tus ojos;
grandes ojos
vagamente sorprendidos al mirarme:
son dos piedras bien azules, bien extrañas
que incrustaron los querubes,
—los que ciñen a los astros con las nubes—
bajo el arco y en el fleco de tus cejas y pestañas.

Cicatrices de caricias,
—cicatrices de dos besos fraternales
de las almas de dos lirios— tu hoyuelos:
tus hoyuelos
inestables, intangibles, indelebles:
son las huellas de dos besos fraternales
que te dieron al venirte,
que te dieron, al salir a despedirte,
los dos ángeles más puros de los coros celestiales.

Florecitas de durazno
que la veste de las auras amontona
bajo el cielo de la tarde, tus mejillas;
tus mejillas
de sedosos, inefables terciopelos:
son las flores que un arcángel amontona,
bajo el cielo de tus ojos,
por los valles de sonrisas y sonrojos
que divide tu severa naricita de matrona.

Como pétalos de rosa,
como pétalos de rosa purpurada,

—purpurada como sangre— son tus labios;
esos labios
que predican candorosos evangelios:
son dos pétalos de rosa purpurada
que cayeron en la nieve;
son el borde que resuena, que se mueve,
de aquel vaso de Sajonia, de tu barba nacarada.

Blanco polvo sacarino
que decora rojos néctares de fresas,
tamarindos y granadas, son tus dientes;
bellos dientes
como hermanos amorosos que se juntan:
son azúcar en la crátera de fresas
de tu boca cuando ríes;
son diamantes de Gioconda que deslíes
en el bálsamo bendito de tus besos, cuando besas.

Caracoles nacarados,
nacarados caracoles pequeñitos
de la playa de los mares, tus orejas;
tus orejas
yo no sé por qué rubor enrojecidas:
son dos rojos caracoles pequeñitos
que te llevan al augurio,
que le llevan a tu espíritu el murmurio
de las cosas venideras, de los tiempos infinitos.

Bella página de un libro,
—bella página de un libro de oraciones
con estampas bizantinas— tus afectos;
tus afectos

transparentes y profundos como el éter:
son la página del libro de oraciones
donde rezan los nenitos,
donde buscan los nenitos, ¡pobrecitos!
las Madonas y los Cristos de radiantes corazones.

Como lámpara votiva
que llenase de fulgores el santuario
de algún pálido Ecce homo, tu gran alma;
superalma
de una dulce, femenina fortaleza:
es la lámpara votiva del santuario,
que fulgura gravemente,
que derrama gravemente, tiernamente,
sus bondades luminosas en la cruz de mi calvario.

Como el bíblico poeta,
como el rey de los proverbios seculares
que no pasan, que no mueren, yo te canto;
sí, te canto
hija mía, madre mía, novia mía:
con palabras que retumben seculares,
que no pasen, que no mueran,
que los hombres para siempre las profieran
como el cántico sublime del cantar de los cantares.

CASTIGO

Yo te juré mi amor sobre una tumba,
¡sobre su mármol santo!
¿Sabes tú las cenizas de qué muerta
conjuré temerario?
¿Sabes tú que los hijos de mi temple
saludan ese mármol,
con la faz en el polvo y sollozantes
en el polvo besando?
¿Sabes tú las cenizas de qué muerta
mintiendo, has profanado?
¡No lo quieras oír, que tus oídos
ya no son un santuario!
¡No lo quieras oír como hay rituales
secretos y sagrados,
hay tan augustos nombres que no todos
son dignos de escucharlos!
Yo te di un corazón joven y justo
¡por qué te lo habré dado!
¡Lo colmaste de besos, y una noche

te dio por devorarlo!
Y con ojos serenos el verdugo,
que cumple su mandato,
solicita perdón de las criaturas
¡que inmolará en el tajo!
¡Tú le viste, serena, indiferente,
gemir agonizando,
mientras su roja sangre enrojecía
tus mejillas de nardo!
Y tus ojos ¡mis ojos de otro tiempo
que me temían tanto!
ni una perla tuvieron, ni una sola:
¡eres de nieve y mármol!
¿Acaso el que me roba tus caricias
te habrá petrificado?
¿Acaso la ponzoña de Leteo
te inyectó a su contacto?
¿O pretendes probarme en los crisoles
de los celos amargos,
y me vas a mostrar cuánto me quieres,
después entre tus brazos?
¡No se prueban así con ignominias,
corazones hidalgos!
¡No se templa el acero damasquino
metiéndolo en el fango!
Yo te alcé en mis estrofas, sobre todas,
hasta rozar los astros:
tócale a mi venganza de poeta,
¡dejarte abandonada en el espacio!

COMO LOS BUEYES

Ser bueno, en mi sentir, es lo más llano
y concilia deber, altruismo y gusto:
con el que pasa lejos, casi adusto,
con el que viene a mi, tierno y humano.
Hallo razón al triste y al insano,
mal que reviente mi pensar robusto;
y en vez de andar buscando lo más justo
hago yunta con otro y soy su hermano.
Sin meterme a Moisés de nuevas leyes,
doy al que pide pan, pan y puchero;
y el honor de salvar al mundo entero
se lo dejo a los genios y a los reyes:
Hago, vuelvo a decir, como los bueyes,
mutualidad de yunta y compañero.

CRISTIANAS

Aristarco feroz que acaricias
la labor de los otros con garras,
de la propia manera que aquellas
mujeres sin hijos los hijos que amparan:
no te guardo ojeriza ninguna
por al haz de laurel que me arrancas...
¡de la eterna belleza padeces
la horrible, infecunda preñez sobrehumana!

Vanidoso doncel que paseas
con olímpico garbo tus galas,
como el necio pavón su abanico
de gemas azules con flecos de gualda:
yo doy paso cortés a tu enorme
personilla hiperbólica y vana...
¡la soberbia del hombre, en sí misma,
buscando motivos, contemplo que pasa!

Pretendiente sagaz que te doblas
refugiando en el pecho la cara,
cuando muestra su faz el Ministro
detrás de las rojas cortinas, y llama:
hay un corte sutil en tus labios,
de tu estirpe de Dios remembrara,
que les hace reír, sin que rían,
de aquel que despojas lamiendo sus plantas.

Clandestino malvado que vistes
con virtudes sociales, tus lacras,
como esconde su fondo el abismo,
de luz temeroso, con flores y zarzas:
no pretendo rasgar la careta
que tus noches infames, disfraza...
¡yo bendigo el instinto que cubre
los púdicos senos de púdicas gasas!

Iracundo varón que no alientas
nada más que rencor y venganza,
cuando en pos de la lujuria te vuelves
lo mismo que negra serpiente africana:
yo descubro, a pesar del acceso
que satura de hiel tus entrañas,
vibraciones de luz y justicia
rasgando los cielos profundos de tu alma.

Obcecada matrona que buscas
del mancebo gentil, las miradas,
o en la frígida noche le sueñas,
decrépita Venus, mesando tus canas:
En el rudo vaivén de las olas

de aquel lúbrico mar de tus ansias,
flota errante una célula excelsa,
de madre que admira, de madre que aguarda.

Maldiciente cruel que te places
refiriendo torpezas extrañas;
cuya lengua insidiosa circunda
las vidas ajenas de vil filigrana;
no me aparto de ti, como aquellos
que no ven la belleza de nada:
me descubro y admiro al artista
que pinta con lodo y esculpe con daga.

Perezoso gentil que reposas
mientras tejen su tul las arañas,
como yace un islote flotante
¡que impulsan y besan y mecen las aguas!
por debajo de aquella morbosa
lasitud estival que te embarga,
el batán de la idea percibo...
¡cerebro sin brazos, noción sin palabras!

Protegido del fuerte, del sabio,
de cualquier caridad soberna,
que repudias y escupes y muerdes
la mano refugio, la mano enseñanza:
vibra un dejo de honor en la misma
miserable traición con que pagas:
toda vida completa es un cóndor
que rompe su nido cuando abre las alas.

Mesalina glacial que abandonas
al anónimo estéril tus gracias,
así como la pública fuente
la sed de las turbas ignotas aplaca:
tú palpitas, impúdica virgen,
de un esposo ideal, pasionaria:
en la rápida vez que le logras
la madre Natura bendice tu falta.

Furibundo, protervo sectario,
de cualquier religión, entusiasta,
que por Dios o la ley o el derecho,
torturas y violas, derribas y talas:
para ti la bondad absoluta
mismamente reside en tu causa:
¡formidable espolón de abordaje
de cosas tan bellas, tan justas y mansas!

Inspirado de Dios que desdoblas,
de tu mente la púrpura sacra,
para echarla ¡genial tapicero!
por donde los grandes pisándola aplaudan:
yo he bajado a tu propia conciencia;
yo la he visto sombría y huraña,
cada vez que tu frente traspuso
las horcas caudinas del hambre y la fama.

Sacerdote de espíritu negro,
tal cual es, por vacía, la nada,
que después de oficiar me bendices
trazando en los aires la Cruz sacrosanta:
yo no sé qué poder te visita;

pero salgo cubierto de gracia...
¡miserable reptil que gobiernas,
incrédulo y frío, la fe y la esperanza!

Taciturno tirano que niegas
el sentido del bien en las masas,
y las atas al carro sin darles
la idea más simple del viaje que tramas:
resplandece, en mitad de tu pecho,
circuida de sombras y miasmas,
la cesárea pasión del apóstol
que impone a los hombres su molde y su pauta.

Coronado iscariote que vendes
a la patria enemiga tu patria,
como quien a su propia consorte
de adúltero lecho, corriese las mantas:
yo diviso a lo largo del tiempo,
la visión de lo vil que desgarra
la envoltura de un mundo celeste,
sin odios, ni muros, ni lenguas, ni razas.

¡No! ¡No existe el vacío absoluto
donde Dios derramó su palabra!
¡No! ¡No cabe la noche completa,
allí donde gira la estrella de un alma!
¡Vive un juez alojado en los pechos
que jamás prevarica ni calla!,
¡y hay un golpe de luz en el fondo
de aquellas más viles vilezas humanas!

DÉCIMAS

I
Yo soy flor que se marchita
al sol de la adversidad,
el arbolito en mitad
de la llanura infinita.
La paloma pobrecita
que arrastran los aquilones,
entre oscuros nubarrones
de tempestades airadas,
soy la barca abandonada
en el mar de las pasiones.

II
Soy el ave que al bajar
de los aires fatigada,
no tiene ni una enramada
ni un árbol en qué anidar.
Y si vuelve a levantar
las tristes alas del suelo,

encuentra nublado el cielo
y deshecha la tormenta,
y el pájaro se lamenta
y vuelve a tender su vuelo.

III
Yo soy un gaucho cantor
de renombradas virtudes,
que tan solo ingratitudes
ha recibido en su amor.
Soy el pobre payador
velay, si sabré penar
con mis negras amarguras,
la pampa con sus llanuras
con sus abismos la mar.

IV
Yo no canto por llamar
la atención que no merezco,
yo canto porque padezco
penas que quiero olvidar.
Que tan solo con cantar
se va al viento nuestra pena,
y yo tengo el alma llena
de pesares y amarguras,
más que en la pampa hay anchura
más que en el mar hay arena.

V
Por eso, ¡oh linda mujer!
maldigo mi negra estrella,
al contemplarte tan bella

sin que te pueda querer.
Porque todo hombre ha de ser
generoso hasta morir,
y no debe permitir
a una mujer que lo quiera,
para que después se muera
al verlo tanto sufrir.

VI
¡Adiós, primorosa flor!
adiós, lucero invariable,
solamente comparable
a la estrella de mi amor.
Cuando sientas un dolor
parecido al que yo siento,
Dios quiera que tu lamento
no sucumba en la ignorancia,
y atraviese la distancia
¡sobre las olas del viento!

DIOS TE SALVE

Cuando se haga en ti la sombra;
cuando apagues tus estrellas;
cuando abismes en el fango más hediondo, más infecto,
más maligno, más innoble, más macabro, más de muerte,
más de bestia, más de cárcel,
no has caído todavía,
no has rodado a lo más hondo...
si en la cueva de tu pecho, más ignara, más remota,
más secreta, más arcana, más oscura, más vacía,
más ruin, más secundaria,
canta salmos las tristeza,
muerde angustias el despecho,
vibra un punto, gime un ángel, pía un nido de sonrojos,
se hace un nudo de ansiedad.
Los que nacen tenebrosos;
los que son y serán larvas;
los estorbos, los peligros, los contagios, los Satanes,

los malditos, los que nunca,-nunca en seco, nunca siempre,
nunca mismo, nunca nunca,
se podrán regenerar,
no se auscultan en sus noches,
no se lloran a si propios...
se producen imperantes, satisfechos, como normas,
como moldes, como pernos, como pesas controlarias,
como básicos puntales,
y no sienten el deseo
de lo sano y de lo puro
ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante,
de su arcano cerebral.
Al que tasca sus tinieblas,
al que ambula taciturno;
al que aguanta en sus dos lomos, como el peso indeclinable,
como el peso punitorio de cien urbes, de cien siglos;
de cien razas delincuentes,
su tenaz obcecación;
al que sufre noche y día,
y en la noche hasta durmiendo,-
como el roce de un cilicio, como un hueso en la garganta,
como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídos,
como un callo apostemado
la noción de sus miserias,
la gran cruz de su pasión:
yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas;
yo le beso las dos plantas; yo le digo: Dios te salve...
¡Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
vaso infame de dolor!

EL DRAMA DEL CALVARIO

Giró el genio en derredor
después de pisar la cumbre;
y una fantástica lumbre
llenó a la sombra de horror:
y un gemebundo clamor
taladró la inmensidad,
y se hundió la humanidad
sobre su propio esqueleto;
y reveló su secreto
más hondo la eternidad.

Siniestra, cárdena lumbre
bañó la faz del calvario,
cual un ardiente sudario
flotando desde la cumbre:
bajo la negra techumbre
del éter vago y profundo,
aquel surgir iracundo...
brutal de la claridad...

era quizás, ¡la verdad
mirando una vez al mundo!

Palmario, el Gólgota, frío,
quedó en los aires desiertos,
con sus dos brazos abiertos,
predicando en el vacío...
Y entonces, como en estío
los insectos en los faros,
innominables, ignaros,
surgiendo del horizonte,
rodeaban la cruz y el monte
todos los muertos preclaros.

De la honda, azul entraña
llovían monstruos y santos:
y eran tales, y eran tantos,
¡que gemía la montaña!...
Desde la torpe alimaña
del alma vil de Nerón,
al concepto, a la noción
más alta del supergenio,
en aquel breve proscenio
¡tomaron colocación!

De aquella invasión mortuoria
quedó repleto el calvario;
resonante, tumultuario
¡cuál una copa de gloria!
Bajo el tropel de la historia
trepidaban sus cimientos,
y se hundía por momentos,

cual una nave inundada...
cual una frente cargada
¡de sombríos pensamientos!

Tremenda, enorme, sin par,
genial, feroz batahola,
lo mismo que cada ola
¡lanzando un grito en el mar!
Formidable resollar
de las almas con bandera,
que imaginar no pudiera
aquel que no imaginase,
que al mismo tiempo bramase
¡cada punto de la esfera!

Toda pasión, toda vida,
toda excelsitud pasada,
desde la cumbre sagrada
quería ser comprendida...
Y como la palma erguida
sobre la mutable arena,
presidiendo aquella escena
con dulce, con noble ceño,
yacía Cristo en su leño
¡cual una blanca azucena!

Los humanos, los vivientes,
los que todavía somos,
con toda el alma en los lomos,
estaban allí presentes:
Pensándose delincuentes,
del genio ante los secretos,

mustios, miserables, quietos,
inanimados, pasivos
se reducían los vivos
¡en sus propios esqueletos!

Y en el valle acurrucada,
yacía la humanidad,
tal vez sin otra ansiedad
¡que la ansiedad de la nada!
Ni un gesto, ni una mirada,
ni un suspiro producía,
en tanto que recibía,
genial, vibrante, notoria,
la confesión de la gloria
¡sobre su testa vacía!...

Poco a poco, lentamente,
todo el mundo quedó calmo,
lo mismo que palmo a palmo,
va cediendo la creciente;
de aquel clamor prepotente
ni leve rumor se oía,
de aquella loca porfía
ya no sonó ni un reproche
y en el silencio y la noche
¡quedó la extensión vacía!

Perfecto, conciso, frío,
quedó el calvario a la luz,
con sus dos brazos en cruz
acariciando el vacío.
Y en el silencio sombrío

del aire y de las esferas
aquella lumbre de hogueras
demostraba sin rumor
la impotencia del amor,
¡en una raza de fieras!

EL SOÑADOR

Le aserraron el cráneo;
le estrujaron los sesos,
y el corazón ya frío
le arrancaron del pecho.

Todo lo examinaron
los oficiales médicos
mas no hallaron la causa
de la muerte de Pedro;
de aquel soñador pálido
que escribió tantos versos,
como el espacio azules
y como el mar acerbos.

¡Oíd! Cuando yo muera,
cuando sucumba, ¡oh, médicos!
ni me aserréis el cráneo
ni me estrujéis los sesos,
ni el corazón ya frío

me arrebatéis del pecho,
que jamás hasta el alma,
llegó vuestro escalpelo.

Y mi mal es el mismo,
es el mismo de Pedro;
de aquel soñador pálido
que escribió tantos versos,
y como el espacio azules
y como el mar acerbos.

¿FLORES A MÍ?

I
Ayer me diste una flor,
una flor a mí, señora,
que no consagré una hora
ni al más poderoso amor.
¿Flores a mí? ¡si es mejor!,
en un páramo arrojarlas,
o tú no sabes amarlas,
o al sentir mi pecho yerto,
sobre la tumba de un muerto,
has querido abandonarlas.

II
¿Flores a mí? ¿tú no sabes
de esos parajes que aterran,
donde las flores se cierran,
dónde no cantan las aves?
Las más orgullosas naves
temen del mar los furores,

los tigres devoradores
huyen del simún airado
¡y tú en mi pecho has dejado
tan sin recelo tus flores!

III
¡Flores a mí! puede ser
que desalmada y celosa,
buscarás la más hermosa
con tu instinto de mujer;
Y haciéndole comprender
yo no sé qué gentileza,
con refinada fiereza,
con el más profundo encono,
la bajaste de su trono
por castigar su belleza.

IV
No lo sé, linda mujer,
ni quiero saberlo todo;
me contento con mi modo
de saber y no saber.
Pero si quieres tener
la realidad en tu mano,
te diré, sin ser un vano,
que si te movió el amor
¡la flor ha sido una flor
que fue destronada en vano!

FÚNEBRE

I
La montaña que tiembla, porque siento
germen de cataclismo en sus entrañas;
el huracán que gemebundo emigra
quién sabe a qué región y qué distancia;
el mar que ruge protestando airado
de la ley del nivel que lo avasalla;
los mundos del sistema —¡tristes mundos!—
que al sol de Dios obedeciendo pasan
como en la arena de la pista el potro
a latigazos —¡noble potro!— salta;
no tienen sobre sí más amargura
que la que hospeda en sus desiertos mi alma,
porque yo arrastro sobre mí —¡y no puedo!—
como un cuerpo podrido, ¡la esperanza!

II
Tú que vives la vida de los justos
allá junto a tu Dios arrodillada,

—yo no creo ni aguardo, pero pienso
que haya hecho Dios un cielo para tu alma—,
dame un rayo de luz —¡uno tan solo!—
que restaure mi fuerza desmayada,
que ilumine mi mente que se anubla,
que reanime mi fe que ya se apaga...
dame un beso de amor —¡uno siquiera!—
aquí, sobre esta frente que besabas;
aquí, sobre estos labios que otros labios
han besado con ósculos de infamia;
aquí, sobre estos ojos que no tienen
nada más, ¡oh mi madre!, que tus lágrimas.

HIJOS Y PADRES

I
Como la lluvia copiosa sobre el suelo,
como rayo de sol sobre la planta,
como cota de acero sobre el pecho,
como noble palabra sobre el alma,
para los hijos
de tus entrañas
debe ser tu cariño, hermana mía,
riego, calor, consolación y gracia.

II
Como tierra sedienta de rocío,
como planta en la sombra sepultada,
como pecho desnudo en el peligro,
como guerrero inerme en la batalla,
así, en la ardiente
contienda humana,
¡ay! los hijos que pierden a sus padres,
pierden riego, calor, escudo y lanza.

III
Como nube de arena que no riega,
como sol que no alumbra en la borrasca,
como roto espaldar que no defiende,
como consejo que pervierte y mancha,
así, malditos,
padres sin alma,
son aquellos que niegan a sus hijos
consejo, amor, ejemplo y esperanza.

IV
Como fecunda tierra agradecida,
como planta que al sol sus flores alza,
como pecho confiado tras la cota,
como hasta Dios se magnifica el alma,
así, los hijos,
cuando les aman,
dan plantas de virtud como esa tierra,
frutos de bendición como esas plantas,
arranques de valor como esos pechos,
rayos de inmensa luz como esas almas.

ÍNTIMA

Ayer te vi... No estabas bajo el techo
de tu tranquilo hogar
ni doblando la frente arrodillada
delante del altar,
ni reclinando la gentil cabeza
sobre el augusto pecho maternal.
Te vi... si ayer no te siguió mi sombra
en el aire, en el sol,
es que la maldición de los amantes
no la recibe Dios,
o acaso el que me roba tus caricias
¡tiene en el cielo más poder que yo!
Otros te digan palma del desierto,
otros te llamen flor de la montaña,
otros quemen incienso a tu hermosura,
yo te diré mi amada.
Ellos buscan un pago a sus vigilias,
ellos compran tu amor con sus palabras;
ellos son elocuentes porque esperan,

¡y yo no espero nada!
Yo sé que la mujer es vanidosa,
yo sé que la lisonja la desarma,
y sé que un hombre esclavo de rodillas
más que todos alcanza...
Otros te digan palma del desierto,
otros compren tu amor con sus palabras,
yo seré más audaz pero más noble:
¡yo te diré mi amada!

INVERNAL

La tarde es lluviosa; del ramaje
penden como harapos destrozados,
los nidos de las aves enlutados
como el pálido verde del follaje.
Solo y silencioso aquel boscaje
de plumeros verdosos y mojados,
de áspides, de prados desolados,
parece un escuálido paisaje.
Donde se encierra la grandeza humana
con todos sus achaques y certezas,
con la infinita vanidad insana
de todas las antorchas de nobleza.
¡Bosque do se funde la campana
que tañerá mis horas de tristezas!

LA CANCIÓN DE UN HOMBRE

Me pides versos y quiero,
sin ponerme ni quitarme,
para tu bien demostrarme
tal como soy, todo entero.
Pues conjeturo y espero
que la faz de Dios al ver,
comenzarás a romper
el camarín encantado
donde le tiene guardado
tu corazón de mujer.

I
Yo soy el negro pinar,
cuyo colosal ramaje,
cual un colosal cordaje
no cesa de resonar.
Soy el ponto, soy el mar
solemne, augusto, perverso;
la cuerda, la rima, el verso,

la placa donde resuena
la profunda, la serena
rotación del Universo.

Yo soy la trágica flor
con cuya sutil esencia
corta y alarga la Ciencia
los dominios del dolor.
Yo soy Profeta Mayor,
augur, oráculo griego;
y abrazo y alumbro y ciego
con mi triunfal llamarada,
cual una zarza inflamada,
cual una inscripción de fuego.

Yo voy con el alma ufana
por más dolor que me oprima:
yo marcho por más que gima
toda mi miseria humana.
Yo siempre tuve por vana
la lengua de la opinión;
yo no indago la razón
del can ladrando a mi sombra:
yo me río y hago alfombra
de cualquier admiración.

Yo voy en recta fatal
hacia mi primer deseo;
yo no palpo, yo no veo
los muros de lo real;
jamás la fiebre carnal
conturbó mi luz interna;

ni por feroz, ni por tierna,
la pasión me deja rastro...
¡yo gravito como un astro
dentro de la Paz Eterna!

Yo busco el Bien sin criterio
como se desliza un río;
y me retuerzo bravío
cual un ínfimo bacterio,
o reboto en el Misterio
cual un sistema solar...
¡Produciéndome al azar
de la súplica primera,
por más razonar que quiera
jamás podré razonar!

Yo consigo la Verdad,
sin compás, sin ley, a pulso:
yo procedo por impulso
de la Gran Fatalidad.
Yo a la vieja Humanidad
la conflicto, la desgarro:
con las llantas de mi carro
de surcos hondos la lleno,
cual si rodase sin freno
por una pampa de barro.

II

Y como el negro pinar
cuando se pone a gemir,
ni pretende seducir,

ni pretende amedrentar,
yo no intento gobernar
las riendas del corazón;
pero yo no sé qué don,
qué providencia, qué ley
me habrán consagrado rey
del Reino de la Emoción.

LA YAPA

Como una sola estrella no es el cielo,
ni una gota que salta, el océano,
ni una falange rígida, la mano,
ni una brizna de paja, el santo suelo:
tu gimnasia de jaula no es el vuelo,
el sublime tramonto soberano,
ni nunca podrá ser anhelo humano
tu miserable personal anhelo.
¿Qué saben de lo eterno las esferas?
¿de las borrascas de la mar, las gotas?
¿de puñetazos, las falanges rotas?
¿de harina y pan, las pajas de las eras?...
¡Detén tus pasos Lógica, no quieras
que se hagan pesimistas los idiotas.

LETANÍAS A JESÚS

Jesús de Galilea,
para mí no eres Dios,
eres sólo una idea
de la que marcho en pos.

No me humillo ni ruego
a tus plantas, Jesús,
llego a ti como un ciego
que va en busca de luz.

Jesucristo, eres nuestro
más grande innovador,
Profeta ¡no! Maestro
de piedad y de amor.

No le niegues al mundo
la gloria de tu ser,
que en su vientre fecundo
te engendró una mujer.

Pastor de la gleba,
sabio teorizador,
de la turba que lleva
el signo del dolor.

¡Oh, si fuera divino
el destello de tu luz
que alumbró tu camino!
¿Qué valdría tu cruz?

Tu doctrina redime,
de ella vamos en pos,
como hombre eres sublime,
¡Pequeño como Dios!

LO QUE YO QUIERO

I
Quiero ser las dos niñas de tus ojos,
las metálicas cuerdas de tu voz,
el rubor de tu sien cuando meditas
y el origen tenaz de tu rubor.
Quiero ser esas manos invisibles
que manejan por sí la creación,
y formar con tus sueños y los míos
otro mundo mejor para los dos.
Eres tú, providencia de mi vida,
mi sostén, mi refugio, mi caudal;
cual si fueras mi madre, yo te amo...
¡y todavía más!

II
Tengo celos del sol porque te besa
con sus labios de luz y de calor...
¡del jazmín tropical y del jilguero
que decoran y alegran tu balcón!

Mando yo que ni el aire te sonría:
ni los astros, ni el ave, ni la flor,
ni la fe, ni el amor, ni la esperanza,
ni ninguno, ni nada más que yo.
Eres tú, soberana de mis noches,
mi constante, perpetuo cavilar:
ambiciono tu amor como la gloria...
¡y todavía más!

III

Yo no quiero que alguno te consuele
si me mata la fuerza de tu amor...
¡si me matan los besos insaciables,
fervorosos, ardientes que te doy!
Quiero yo que te invadan las tinieblas,
cuando ya para mí no salga el sol.
Quiero yo que defiendas mis despojos
del más breve ritual profanador.
Quiero yo que me llames y conjures
sobre labios y frente, y corazón.
Quiero yo que sucumbas o enloquezcas...
¡loca sí; muerta sí, te quiero yo!
Mi querida, mi bien, mi soberana,
mi refugio, mi sueño, mi caudal,
mi laurel, mi ambición, mi santa madre...
¡y todavía más!

MI ALMA

Bajo la curva de la noche, fúnebre,
sobre la arena del desierto, cálida,
se conturba la mente del proscripto,
su pie desnudo, vacilante, marcha;
y allá en la curva fúnebre del cielo
la estrella solitaria;
y allá, sobre las cálidas arenas,
¡el oasis y el agua!
Bajo la curva del dolor, fatídica,
sobre el desierto de mi vida, trágica,
mi acongojada mente se conturba,
mi vacilante pie se despedaza;
y allá, en la curva del dolor, siniestra,
la luz de la esperanza;
y allá sobre el desierto de mi vida,
¡la resonante multitud de mi alma!

NAUFRAGIO

El bramar de las olas. En la roca,
débiles ayes de dolor se oían,
las brumas gigantescas repetían
el trémulo de un ¡ay! sobre la boca.
De improviso, en los escollos choca
la nave que las brisas envolvían,
y en enjambre de huecos se perdía,
dónde se asía pavorida, loca,
la gente en su pavor contrito.
Al joven que ha volado al infinito
llora la esposa con amargo llanto.
Pero...¡qué dolor! ¡qué espanto!
tiende la ola sobre ella un manto,
y se la lleva con su amor proscrito.

PASIÓN

I
Tú tienes, para mí, todo lo bello
que cielo, tierra y corazón abarcan;
la atracción estelar ¡de esas estrellas
que atraen como tus lágrimas!

II
La sinfonía sacra de los seres,
los vientos, los bosques y las aguas,
en el lenguaje mudo de tus ojos
que, mirándome, hablan.

III
Los atrevidos rasgos de las cumbres
que la celeste inmensidad asaltan,
en las gentiles curvas de tu seno...
¡oh, colina sagrada!

IV
Y el desdeñoso arrastre de las olas
sobre los verdes juncos y las algas,
en el raudo vagar de tu memoria
por mi vida de paria.

V
Yo tengo, para ti, todo lo noble
que cielo, tierra y corazón abarcan;
el calor de los soles, ¡de los soles
que, como yo, te aman!

VI
El gemido profundo de las ondas
que mueren a tus pies sobre la playa,
en el tapiz purpúreo de mi espíritu
abatido a tus plantas.

VII
La castidad celeste de los besos
de tu madre bendita, en la mañana,
en la caricia augusta con que tierna
te circunda mi alma.

VIII
¡Tú tienes, para mí todo lo bello;
yo tengo para ti, todo lo que ama;
tú, para mí, la luz que resplandece,
yo, para ti, sus llamas!

¿POR QUÉ NO MANDAS?

Como al nacer el sol en el oriente
los negros lomos de la tierra inflama,
como Dios al mirar sobre los pueblos
de ansias de lo mejor llena las almas
en mis tinieblas
casi macabras,
como un rayo de sol fue tu sonrisa,
fulguración de Dios fue tu mirada.
Como brilló una luz en el desierto
para salvar a una nación esclava ,
como cruzó una estrella los espacios
al comenzar la redención humana,
resplandecientes,
a llamaradas,
surgieron, en mi senda, tu sonrisa
y en mi noche angustiosa, tu mirada.
Como el riego copioso de la nube
las duras glebas del erial ablanda,
y los aires impuros purifica

del polvo impuro que su azul empaña,
lluvia de oro,
sonora y franca,
humedeció mis penas tu sonrisa,
purificó mis besos tu mirada.
Como el endeble cráneo de los hombres,
a pesar de caber en sus dos palmas,
la inmensidad del universo encierra
y sus ruines paredes no se rajan;
así el parvo
duomo de mi alma,
está como la aurora tu sonrisa
¡como todos los orbes tu mirada!
Como pájaro y flor en las agrestes,
pavorosas llanuras desoladas,
son retoques audaces que proyectan
vida, valor, perfume, resonancia:
en mi solemne,
desierta pampa,
como cántico y flor fue tu sonrisa,
como cántico y flor fue tu mirada.
Como pugna una fuerza prodigiosa
detrás de cada sol y cada larva,
en las moles del mar y del rocío,
en el grano de trigo y la montaña;
tú no me tocas,
tú no me hablas,
y eres la sola vida de mi vida,
su voluntad, su numen, su palanca.
Como en la plena luz del mediodía
semejan un incendio las cañadas,
y a los oblicuos rayos de la tarde

tranquilos mares de bruñida plata,
sol de virtudes,
astro que ama,
tú, sobre todos mis dolores juntos,
las ilusiones de tu luz levantas.
Como al Señor querría el Ángel malo,
si el Señor le volviese la esperanza
y en el vacío enorme de aquel odio
la enormidad de su perdón volcara,
así a raudales,
así a cascadas,
se ha inundado mi pecho de un cariño
que por cielos y tierras se derrama.
Cariño universal que me transporta
más allá de mis dudas y mis ansias,
que me impone surgir del horizonte,
limpio de mis pasiones y mis lacras,
como penacho
de ardientes llamas
que hubiera puesto Dios sobre mi testa,
para darme el dominio de las almas.
Cariño que refunde mis potencias
en la sola potencia sobrehumana
de sentir nada más que lo sublime,
de llorar nada más que por las alas
¡virgen del cielo
llena de gracia
que bajas a gemir con los humanos
y has hecho de mi espíritu tu alcázar!
Allí estarías como la sola dueña,
allí serás la sola soberana:
como siguen los astros a los mares

tú regirás mis ondas tumultuarias.
Reina absoluta
¿por qué no mandas?
¡yo haré que todo el mundo conmovido
se postre de rodillas a tus plantas!
¡Y te daré de mi gloria una diadema,
de mi mente una túnica de grana,
de laureles y aplausos una alfombra,
de mi pecho y mi sangre una muralla:
porque yo tengo
virtud en mi alma,
para llenar de admiración los siglos
si una mirada tuya me lo manda!

TEMPESTAD

Agrupándose ligeras
vienen nubes tenebrosas,
y montañas espantosas
en el cielo acongojado
de sus senos, derramado
como un colosal torrente,
agua pura y transparente
que moja el suelo enlutado.
Cruza errante la centella
cual tétrica exhalación;
su estentórea vibración
deja flamígeras huellas;
sopla el viento que resuella
y en el muelle renegrido,
se escucha el recio bramido
del vendaval que se estrella.
Ha alzado el día su vuelo
y en las olas espumosas,
gigantescas y brumosas,

tiende la noche su velo;
débil barca con recelo
va el atlántico surcando
de proa a popa tumbando
entre la cuna agua-cielo.
Como de ronca metralla
un rugido estentoroso
colosal e impetuoso
cual la voz de la batalla;
luego círculos y mallas
se escuchan, se ven rojizas,
y el aquilón que hace trizas
en duros muros estalla.
Es de noche. La oración
se ha alejado del poniente,
quedó desierta y doliente
la confundida creación;
caen hojas en montón,
tiembla el árbol, rueda el nido,
vibra el rumor y el silbido
se escucha del aquilón.

TRÉMOLO

I
Aquí está mi pecado más funesto
aquí está, de mis manchas, la peor,
aquí estoy ante Ti: de un solo gesto
fulmíname, Señor.

II
¿Quién nos puso el horror a lo Deforme?
¿Quién dictó las pragmáticas del Bien
y qué mano imperial, qué bestia enorme
nos hunde en lo Soez?

III
Negras son las cien fauces del Infierno,
negras las almas que al Infierno van,
negra la eternidad... ¡Negro y eterno
un minuto del Mal!

IV
Tengo una luz en mí, que no se apaga,
tengo la lucidez de lo Mejor
y tengo el corazón hecho una llaga,
como el cuerpo de Job

V
Brillan sobre la Noche las estrellas,
brillan como pupilas de rubí,
brillan desde el Principio, todas ellas:
no me miran a mí.

VI
Yo no puedo cernirme en lo Inefable,
yo no puedo ser más de lo que soy
yo no puedo evitar lo Inevitable...
¡Si ni lo puede Dios!

VII
¿Dónde están tus olímpicos pesebres?
¿Dónde está el Manantial de tu Virtud?
¿Dónde se han refugiado como liebres
los Genios de tu Luz?

VIII
Gimen los gemebundos algarrobos
gimen bajo la fusta de Aquilón,
gimen en las tinieblas como lobos
te acusan como yo.

IX
Yo he de ser el que cae, el que gravita
yo he de ser el satán, el no feliz...
¿yo he de ser el rosal que se marchita,
porque te place a ti?

X
Guarda para tus Santos tus Edenes
guarda para tus Vírgenes tu Amor
guárdate para Ti todos tus bienes
Reniego la Ilusión.

XI
Aquí está mi pecado más funesto
aquí está, toda entera, mi maldad,
aquí estoy ante Ti de manifiesto:
soy tu obra, soy tu Adán.

XII
Braman en el desierto los leones
braman, con una gran lamentación
braman porque te ven sus corazones
tal cual eres, Señor.

XIII
Pesa la Cruz sobre Israel deicida,
pesa la Rebelión sobre Satán,
pesa sobre Caín la primer vida:
tu mano pesa más.

XIV
Buscan hasta los ángeles placeres
buscan las hierbas el espacio azul;
buscan la Libertad todos los seres:
yo busco el ataúd.

XV
Sueña con retoñar el triste leño,
sueñan los pobres ciegos con que ven,
sueña la recua enorme: yo no sueño...
¡Jamás retoñaré!

XVI
Piensan los mismos necios en la gloria,
piensan los incurables en vivir,
piensa en la perfección la vil escoria:
yo me río de mí.

XVII
Yo sé que hay una luz que no se apaga,
yo sé que hay que llegar alguna vez...
¡y yo sé qué están hechas una llaga
las plantas de mis pies!

XVIII
Guarda para tus Santos tus Edenes
guarda para tus Vírgenes tu amor
guárdate para Ti todos tus Bienes
no quiero tener Dios.

XIX
Me impusiste la cruz de un gran destino
me pusiste el afán del Más Allá
y pusiste un dragón en mi camino...
¡no doy un paso más!

XX
Aquí está mi pecado más funesto
aquí está de mis lacras la peor
aquí estoy ante ti, firme y enhiesto:
págame mi dolor.

XXI
¿Qué te cuesta evitar mis amarguras?
¿Qué te cuesta radiar toda tu Luz?
¿Qué te cuesta dotar a tus criaturas
de la misma salud?

XXII
¿Quién reduce tus Fuerzas Infinitas?
¿Quién te obliga a crear ni un pecho vil?
¿Quién te impone la ley de los jesuitas
para lograr tu fin?

XXIII
¿Dónde está tu Potencia Soberana?
¿Dónde están tus Ejércitos del Bien?
¿Dónde está tu Perfección Humana
Para tenerte Fe?

XXIV
Eras un viejo Buda milenario,
eras una ficción y nada más
eras un espantajo innecesario:
ni eras bien, ni eras mal.

XXV
Eras sin filiación como un gitano
eras como un error que ya no es
eras un epigrama un dicho vano
una sombra que fue.

XXVI
Estabas derrotado por la Ciencia
estabas sin arraigo en lo Vulgar
estabas como Duda en la Conciencia
¡Daba pena tu altar!

XXVII
Todos te traicionaban, Iscariotes
todos te declaraban maniquí
todos, hasta tus propios sacerdotes
se mofaban de ti.

XXVIII
Y yo arrimé mis hombros a tu carro
yo te puse mis versos por pavés
yo te alcé como a un mísero del barro
con mi profunda fe.

XXIX
Yo te soñé la Madre y el Abuelo,
yo te soñé más próvido que el sol
yo te pensé mejor, vete a tu cielo
no mereces ser Dios.

XXX
Aquí está mi pecado más funesto
aquí está de mis lacras la peor
Aquí estoy ante ti... ¡ni un solo gesto!...
Págame mi dolor.

VADERETRO

Tú eres joven, como un lirio de los valles,
que recién abre su cáliz,
¡que recién!
los cendales candorosos de sus pétalos de seda
suelta al viento de la aurora...
¡yo soy el trágico laurel!
Yo soy viejo, carcomido, lamentable,
como un roble centenario,
¡que cayó!
que cayó para in aeternum, para nunca más alzarse
por los siglos de los siglos,
¡bajo el látigo de Dios!
Son tus carnes, azucenas y jazmines
sonrojados a los besos
¡de la luz!;
de la luz de cien incendios pavorosos,
de cien soles fulgurantes...
¡mas tu carne, no eres tú!
Tú eres sombra, sombra enorme, sombra misma,

sombra llena de ansias
¡de gozar!
Tus deseos se retuercen como sierpes iracundas,
insaciadas, insaciables...
¡pubertades de Satán!

VENCIDOS

Como van al ajenjo los beodos
protestando su horror a los licores,
y al salón de jugar, los jugadores,
componiendo a su vicio mil apodos;

Como van susurrando en graves modos,
las doradas abejas a las flores,
y al festín imperial de los errores
declamando pureza, vamos todos:

Así van los sublimes, los sagrados,
los heroicos, los grandes, los temidos
con no sé que furor de sus sentidos,
por repechos olímpicos lanzados...

Con rumbos a la gloria...¡y derrotados!
vencidos en la luz...¡pero vencidos!